

FILMS DE AMOR

LA DAMITA DEL RITZ



N.º
112

25
CTS

Dorothy Mackaill - Jack Mulhall

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 112

LA DAMITA DEL RITZ

Idilio original vivido con avasalladora poesía por la elegante pareja

Dorothy Mackaill y Jack Mulhall

Adaptación por M. NIETO GALÁN

.....
Producida por la marca
FIRST NATIONAL

EXCLUSIVAS - CINEMATOGRAFICA
VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290 Barcelona
.....

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

LOS COLOSOS
DEL OESTE
AMERICANO



Solamente los
encontrará en

**BIBLIOTECA
FILMS**

(Título de la
supremacía)

**TOM MIX
TOM TYLER
CHARLES JONES
HOOT GIBSON
FRED THOMSON
JACK PERRIN
REX BELL**

Nuevo caballista que será el
asombro de las multitudes.

Pida el nuevo Catálogo General que se remite gratis, a

BIBLIOTECA FILMS
Apartado 707 - BARCELONA



PRIMERA PARTE

Hoteles lujosos, joyas carísimas, vestidos vaporosos, creados por los más célebres modistos; fiestas aristocráticas y alegres, verano en las playas más elegantes y cuanto de frívolo contiene la vida, rodeaba la existencia de la preciosa Angela Peterson.

Había nacido en aquel ambiente y era todo aquel lujo para ella tan necesario como el aire para la vida, era, en una palabra, esclava de la frivolidad y la elegancia. Su padre, hombre de grandes negocios, que ganaba millones en una sola jugada de bolsa, satisfacía los gastos de la pequeña, que diariamente se extasiaba ante el espejo de su cuarto, admirando el nuevo vestido adquirido y que moldeaba su cuerpo primoroso, con la laxitud de un amante.

Aquella vida continua de Palaces y Ritzs, la llevaba en unión de su madre y de su hermana Lisa, una muchacha completamente

diferente a ella, que rehuía de todos aquellos lujos, influenciada por ese carácter previsor que suelen tener casi todas las mujeres, pero sin que por ello dejara de agradarle la admiración que producía su hermana en todas partes donde se presentaba, por su exquisita elegancia y por su chic característica que le habían valido el sobrenombre de "La damita del Ritz".

Una mañana, acababa Angela de probarse el último vestido, comprado el día anterior, y cuando quedó satisfecha de su examen, entró a las habitaciones que ocupaba su madre en el mismo hotel, y le dijo a su hermana:

—Lisa, quieres los pendientes que me compré ayer? Me parece que son algo antiguos y no peinso ponérmelos.

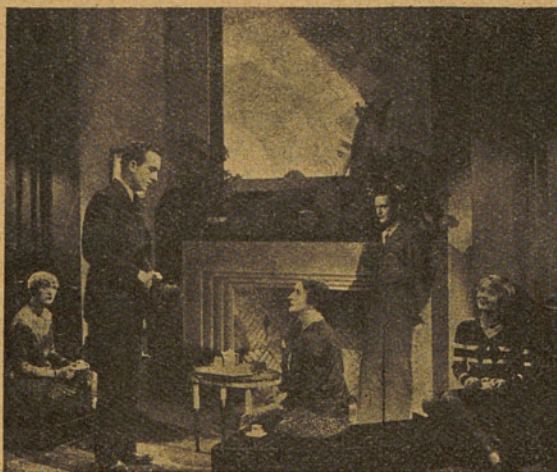
—Pero, Angela —le reprendió cariñosamente la joven—, piensa que esos pendientes son carísimos y que ayer los encontraste del mejor gusto.

—¡Bah! —respondió indiferentemente la otra—. Papá tiene mucho dinero y puedo darme la satisfacción de podértelos regalar.

La madre iba a intervenir en la conversación, cuando recibió aviso de que esperaba el chofer que había pedido a la agencia.

—Ya será otro viejo, como siempre—exclamó Angela.

—¿Qué más te da a ti, que sea viejo o jo-



Carlos era un simpático muchacho

ven?—le preguntó la hermana—. Lo esencial es que sea un buen chofer y basta.

—Pero no me negarás, hermanita—exclamó Angela—, que es preferible llevar delante una cara simpática de un muchacho que no la seriedad de la de un viejo.

—La señorita se equivoca—intervino la camarera, que había entrado a llevar la orden—. El hombre que espera es joven y, además, me parece que no debe ser muy antipático.

Aquella explicación suscitó la curiosidad

de Angela, que salió inmediatamente para ver al que pretendía ocupar la plaza del chofer.

No se había engañado la sirviente en su apreciación. Carlos, que así se llamaba, era lo que puede decirse un muchacho simpático a carta cabal. La regularidad de las líneas de su rostro, completamente varonil, su cuerpo fuerte y de buena estatura, así como la sonrisa con que recibió a Angela, fueron suficientes para que ésta se sintiera desde el primer instante atraída por el desconocido, que iba a entrar a su servicio.

La señora Peterson, instada por su pequeña, aceptó los servicios de Carlos y tan pronto como éste estuvo contratado, Angela le dijo:

—Prepare el coche pequeño, que vamos a salir en seguida.

El mismo "maitre" del hotel fué quien le enseñó el garage, y le preguntó:

—¿Cómo es que has dejado el servicio de los señores Morgan?

—Porque se han marchado fuera —respondió Carlos—. La señorita, al despedirse, me entregó un cheque de dos mil dólares, que ni siquiera he cobrado todavía.

—Ni creo que te haga falta —respondió el "maitre"—. Has vuelto a dar con buenos amos; solamente que tienes un inconveniente...

—¿Cuál?—preguntó curiosamente Carlos.

—El satisfacer los caprichos de la menor de las dos hermanas. Es una muchacha frívola y coqueta, que no me extrañaría que quisiera también jugar contigo, como con otros muchos.

Carlos se echó a reír y le respondió.

—No se preocupe. Me precio de conocer a las mujeres, además que la señorita Peterson no va a tener intenciones de conquistarme a mí. Su categoría está muy por encima la mía y, además, que, con una cara tan bonita, no han de faltarle los pretendientes a docenas.

Llegó en aquel instante Angela y le preguntó:

—¿Está listo el coche, Carlos?

—Sí, señorita—respondió el interpelado.

Angela subió inmediatamente al automóvil y momentos después salieron camino de la ciudad. Por el trayecto, Angela no perdía de vista a su nuevo chofer, y cada vez sentía mayor simpatía hacia él; pero en vista de que Carlos no le hacía caso, a pesar de haber agotado todos los recursos que su coquetería le sugirió, determinó decirle:

—Pare usted un momento, que aquí hace mucho aire.

—¿Quiere la señorita que levante la capota?—le preguntó solícito Carlos.

—No es necesario—respondió Angela—;

me sentaré a su lado y así nos haremos compañía los dos.

Como es de suponer, tampoco era Carlos inconsciente a la belleza de Angela, pero comprendía que todas aquellas cosas que venía haciendo desde que se habían conocido, no eran más que coquetería de la preciosa chiquilla, que pronto quedarían reducida a la más grande indiferencia. No obstante, al sentir el joven al lado de su cuerpo el de la muchacha, que cada vez se acercaba más a él, y percibir su perfume, sentía renacer en su corazón un sentimiento de amor que comprendía que era una locura.

—¿Usted ha servido en alguna otra casa? —le preguntó Angela.

—Sí, señorita—respondió Carlos, sin perder el respeto que debía.

—¿Y había alguna muchacha?— insistió Angela.

—Sí, señorita —volvió a decir Carlos—. Había una joven preciosa, tan preciosa como...

—¿Cómo quién?— exclamó Angela, que había adivinado su pensamiento—. Termine usted de hacer la comparación.

—Es que la comparación que iba a hacer resultaría perjudicial comparada, y podría molestarle.

—¿Acaso es ésta más bonita?—siguió diciéndole con deliciosa coquetería Angela.

—Indudablemente—respondió Carlos.

La suerte para él, pobre chofer, fué que en aquel momento llegaron a la tienda donde Angela tenía que hacer sus compras, y quedó interrumpida la conversación en aquel punto. Luego, al salir, entretenida con sus compras, no se acordó de reanudarla, y le dijo, enseñándole lo que había comprado:

—¿Le gusta a usted la compra que he hecho?

—Es muy bonita—respondió Carlos.

—¿Cree usted que me estará bien?

—Desde luego. A usted no puede sentarle nada mal—exclamó Carlos.

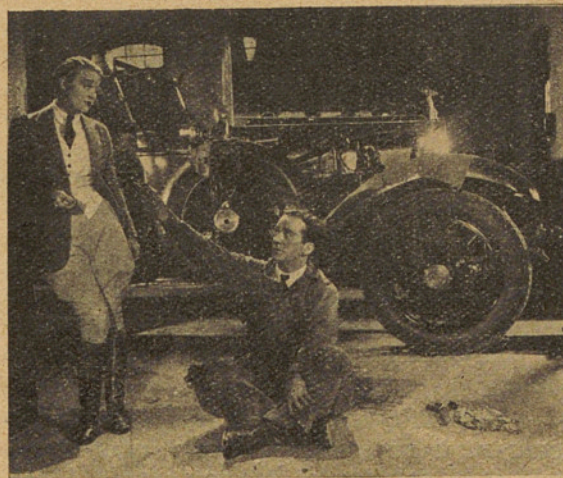
—Vaya, veo que no es usted lo que me he creído. Creí, en un principio, que bajo su aspecto simpático se ocultaba una ridícula seriedad que pronto nos haría perder las amistades. Pero afortunadamente veo que seremos buenos amigos, muy buenos amigos, ¿quiere usted serlo?—y le tendió la mano, que Carlos estrechó entre las suyas con verdadera emoción. La joven comprendió el sentimiento que había despertado en él y sonrió deliciosamente, acercándose todavía más y haciendo que el pobre muchacho tuviera que recurrir a su fuerza de voluntad para no besar aquellos labios de amapola que se le ofrecían como el manjar más exquisito de su vida.

SEGUNDA PARTE

Durante todo el resto del día, Carlos no pudo apartar de su mente la gentil figura de la joven; pero pensaba que todo aquello no era más que una locura, de la que era preciso curarse. ¿Cómo podría él, un pobre chofer, llegar a conseguir nunca el amor de aquella criatura, rodeada de lujo? Pero por otro lado, la idea de verla en brazos de otro lo exasperaba hasta lo infinito, pensando que el hombre que llegara a conquistar su corazón podía considerarse el más feliz de la tierra.

Todas las noches, las tres mujeres tenían la costumbre de ir a ver al señor Peterson a sus oficinas, y aquella noche, como de costumbre, fueron a hacerle su visita. El señor Peterson, cosa rara en él, recibió a su familia con bastante seriedad, e incluso al despedirse le dijo a Angela:

—Que seas juiciosa, pequeña, y no hagas tantas locuras como me cuenta tu madre.



— Usted no me quiere

—No le hagas caso, papá—le respondió Angela abrazándole—. Es que ella se asusta por cualquier cosa. Ya ves, no quería dejarme ir esta noche al club, donde dan una fiesta magnífica, a pesar de que me lleva mi hermano.

—Es que tu hermano tiene tan poco seso como tú—terminó diciéndole el padre.

Carlos había aprovechado la permanencia de sus señores en casa del padre para ir a hacerle una visita a su anciana madre y a su hermana.

Mientras que su hermana hablaba y echaba cuentas con su novio de las probables ganancias que podrían obtener en las próximas carreras de caballo, Carlos le dijo a su madre:

—Mamá, he entrado al servicio de una nueva casa. ¡Si vieras qué muchacha más encantadora es una de las hijas!

Para los ojos de una madre es difícil que pase desapercibido el menor pensamiento de un hijo, y la buena mujer, al oírlo expresarse con tanta pasión de aquella muchacha, le dijo:

—Hijo mío, veo que esa joven ha despertado en ti un sentimiento muy diferente al que es el del simple respeto.

—Sí, madre mía—respondió Carlos—. No lo puedo remediar: la amo con todo mi corazón, aunque comprendo que es una locura.

—Y grande, hijo mío—respondió la anciana—. Su posición no es la misma que la tuya. Procura olvidarla y buscar una mujer de tu clase que pueda hacerte feliz.

Se acercó entonces Carlos adonde estaba su hermana y su futuro cuñado, que le dijo:

—Esta vez no nos puede fallar nuestra combinación. En las próximas carreras corre un caballo que ganará el premio. Nosotros vamos a poner todos nuestros ahorros, que aun cuando son bien poco, nos darán

lo suficiente, si ganamos, para comprar un piso y casarnos.

Por la mente de Carlos pasó rápida una idea. ¿Y si empleara la cantidad que tenía, no podría acaso alcanzar una fortuna que lo pusiera en disposición de poder pretender al cariño de Angela? No lo pensó, sino que, sacando el cheque, se lo entregó al novio de su hermana, diciéndole:

—Yo también me asocio. Toma este dinero y juégalo al mismo caballo. Tengo necesidad de ganar dinero, mucho dinero.

Salió poco después en busca de sus señores y Angela y su hermano montaron en el coche que él guiaba, diciéndole la joven:

—Llévenos al club y luego puede irse a casa.

Pero antes de subir al coche, Angela tuvo para el simpático chofer una sonrisa deliciosa, que él procuró hacer como que no la había visto.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas

Escríbala hoy mismo (y se lo mandarán gratis a)

BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

TERCERA PARTE

El club donde solían ir los dos hermanos era uno de los más elegantes de la ciudad y donde se reunían, por consiguiente, la flor y nata de la sociedad neoyorquina. Era asiduamente concurrente un tal Rodolfo Watson, que desde hacía tiempo venía pretendiendo adueñarse del corazón de la preciosa Angela, sin que ésta hubiera tomado nunca en serio sus pretensiones.

Al verla entrar corrió hacia donde estaba ella, y le dijo:

—Creí que no vendrías esta noche y estaba disgustadísimo.

—Pues, poco ha faltado para ello—respondió la joven—. Mamá no quería dejarme venir.

Empezó la orquesta; los gritos de la gente joven y pronto el nombre de Angela sonó en el espacio. Todos gritaban lo mismo: “¡Que baile Angela!... ¡Que baile!”

No se hizo ésta de rogar mucho, sino que,

saltando sobre la mesa, ordenó a los músicos que tocaran uno de esos nuevos bailes exóticos en los que es obligatorio las más pronunciadas contorsiones del cuerpo, y Angela, siguiendo el ritmo de la música, puso aquella noche, como otras muchas, la nota alegre y picaresca de la reunión.

Al terminar, corrió hacia ella Rodolfo y, levantándola en sus brazos, le dijo:

—Angela, ¿cuándo vas a permitir que pueda anunciar nuestras relaciones?

—No te pongas pesado, querido—le respondió al muchacha—. Ya sabes que eso es imposible.

—Me gusta demasiado la libertad de que gozo para perderla tontamente.

La señora Peterson, en vista de lo avanzado de la hora y de que todavía no había vuelto su hija, le dijo a Carlos:

—Vaya usted al club y traiga a la señorita inmediatamente. No se venga sin ella.

Momentos después entraba Carlos en el salón de fiestas de la aristocrática sociedad y vió a Angela bailando. Sintió un terrible desencanto al verla en aquel ambiente; sin embargo, supo dominarse y se acercó a ella para decirle:

—La señora me encarga que se venga usted inmediatamente para casa.

—¿Y quién le ha dado a usted permiso para entrar aquí?—le respondió Angela, a

quien los vapores del alcohol empezaban a trastornar un poco.

—Para cumplir la orden de la señora —respondió Carlos sin inmutarse—, no necesito ningún permiso. Usted viene ahora conmigo, porque para eso he venido.

—¡Insolente!—gritó Rodolfo—. ¿Se atreve usted a molestar a una señorita de esa forma?

—Caballero—exclamó Carlos sin perder su sangre fría—. Con usted no va nada y lo mejor que puede usted hacer, es callarse.

Rodolfo, al oír aquellas palabras, se creyó ofendido, y quiso castigar por su propia mano al chofer; pero antes de que pudiera hacerlo, ya le había dado éste un tremendo empujón, que lo hizo rodar por tierra. Cogió en brazos a Angela y, ante la expectación de todos, la sacó a la calle y la metió en el coche.

A los pocos minutos de marcha, mandó ella parar y volvió a sentarse al lado de él, diciéndole:

—Estoy muy arrepentida de la forma en que le he hablado, Carlos. ¿Quiere usted perdonarme?

—Yo soy un triste chofer y no puedo ofenderme por lo que me diga—respondió Carlos.

—Pero no me negará usted—exclamó Angela — que es un chofer muy simpático...

¿Cuántas conquistas ha hecho usted en su vida?

—Yo no me he dedicado a esas cosas, señorita—contestó Carlos seriamente—. Yo he pensado siempre en algo más serio.

—Entonces, ¿no ha creído usted nunca que una joven pueda enamorarse de usted?

Le hablaba tan cerca, tan insinuante, que Carlos comprendía que de un momento a otro perdería la serenidad y echaría por tierra todos los buenos propósitos que se había hecho de no hacerle nunca mención del sentimiento que había despertado en él.

Pero ella, a medida que le hablaba, iba acercando su cara a la suya, tenían tan cerca los labios, que Carlos, sin darse cuenta de lo que hacía, la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente.

—¡Usted ha tenido la culpa! — exclamó Carlos cuando se dió cuenta de su acción—. ¡Pero me ha vuelto loco, sabe que la amo, y por eso pretende jugar conmigo!

—No, Carlos—exclamó ella—. Es que yo también le amo. Desde el primer momento que le vi, me sentí inclinada hacia usted y todo lo que he hecho ha sido para que llegara este instante.

—Pero yo no puedo creerla—volvió a decirle el chofer—. Entre los dos hay un abismo imposible de sondar. Yo no puedo ofrecerle esa vida de lujo y despilfarro que lle-

va, y usted tampoco se avendría a vivir pobremente.

Pero como el amor no tiene ojos, que por algo lo pintan ciego, Angela juró y perjuró que ella se avendría a todo lo que él quisiera.

A la mañana siguiente, cuando Angela entró a ver a su madre y a su hermana, las encontró llorando, e indagó la causa de ello.

.....

PASO...

¡La Felicidad que llega!

Ya está a la venta el nuevo libro que hacía falta:

Pasado, Presente y Porvenir POR LAS RAYAS DE LA MANO

Según las teorías y experiencias del
sabio profesor **FILONGTENCH**

Ilustraciones del dibujante **BOSCH**

Precio: 30 céntimos

CUARTA PARTE

—¡Pobre papá!—respondió la hermana—. No ha podido sufrir la ruina y ha muerto de un ataque al corazón.

—¿Que ha muerto papá?—preguntó extrañada Angela.

—Sí—volvió a decirle la hermana—. Estamos en la más completa miseria. Por mí no lo siento; pero, ¿y tú?... ¿Podrás avenirte a vivir sin todos tus vestidos y tu lujo?

—Claro que me avendré—exclamó llorando Angela—. Mi único sentimiento es por la muerte de papá. De mí no debéis preocuparos.

Y al mismo tiempo que la fortuna huía de la casa de los Peterson, llamaba a la puerta de la de Carlos. Aquella tarde, el triunfo del caballo por el que había apostado, fué un hecho, y Carlos se vió en unas cuantas horas poseedor de unos cuantos miles de dólares, lo suficiente para vivir decorosamente, sin necesidad de trabajar.

No tardó en comunicar la nueva feliz a Angela, y decirle:

—Ahora que tú eres pobre y yo rico, podemos ser felices. Ya nada nos separará y esta noche quiero que conozcas a mi familia.

En efecto, aquella misma noche la llevó a un restaurant, donde lo habían citado sus familiares, y el cuñado lo abrazó diciéndole:

—¡Ya eres rico, Carlos! ¡Has ganado una fortuna y podrás vivir como un señor!

La alegría era general en todos, y Carlos, olvidando momentáneamente a Angela, comenzó a abrazar a unos y a otros.

Angela se vió sola, sin que nadie hiciera caso de ella, y creyendo que Carlos la despreciaba porque era pobre, huyó del restaurant, llorando amargamente.

Cuando Carlos se dió cuenta de su desaparición, salió inmediatamente en su busca, y aun pudo alcanzarla.

—¿Por qué te has ido?—le preguntó.

—Porqué comprendo que lo que me dijiste anoche era verdad. Nos separa nuestra posición. Ahora tú eres el rico y yo soy la pobre.

—Pues por eso estamos más unidos—exclamó Carlos, estrechándola entre sus brazos. —Con lo que he ganado, podremos tener nuestra casita y vivir felices. No tendrás el lujo que acabas de dejar, pero tendrás un corazón que adorará en ti.

Y los preparativos de la boda no tardaron en hacerse. Carlos estaba convencido de que el capital que tenía sería bastante para hacer frente a la nueva vida que iba a emprender; pero desconocía el corazón de Angela, que, sin dejar de ser bueno, ansiaba todo aquel lujo de que siempre se había visto rodeada.

La noticia de la boda de Angela con Carlos fué una bomba que cayó en la buena sociedad, dando origen a los más ridículos comentarios.

—No creo que dure mucho tiempo esa unión — exclamó Rodolfo, cuando se enteró—. Pronto se convencerá Angela que no es el marido que le conviene; menos mal que siempre me tendrá a mí a su disposición.

Los otros amigos rieron la ocurrencia de Rodolfo, y todos se prometieron ver el drama, que no tardaría en aparecer en la vida de los futuros esposos.

.....

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

QUINTA PARTE

Por capricho de Angela, la boda fué en el hotel donde se hospedarían provisionalmente y con todo el boato a que ella se hallaba acostumbrada. Nuevamente empezaron a desfilar modistos, sombrereras y cuantos artifices se dedican a embellecer al sexo femenino. Carlos veía con tristeza la conducta de su esposa y una noche que ella había invitado a sus antiguas amistades a una fiesta, le dijo, momentos antes:

—Angela, es preciso que moderes los gastos. Yo no soy ningún millonario, y a este paso, el dinero que poseo quedará reducido a la nada.

—No temas, querido—exclamó ella abrazándole—. Yo te prometo que desde hoy no tendrás que quejarte de mí. Reduciré todos mis gastos y haré cuanto quieras para tenerte contento.

La escena terminó como siempre, jurándo-



Dándole usted, pero este baile quiero yo bailararlo con mi esposa

se los esposos un amor eterno, y cuando ella ya lo vió sometido a su voluntad, le dijo:

—¿Te acuerdas de aquel collar tan bonito que vimos?... ¿Cuándo me lo regalarás?

—¿Pero no acabas de decir que ya no tendrías más caprichos?—preguntó él extrañado.

—Y no lo tengo— repuso mimosamente Angela—. Si tú ves que no me lo merezco, no me lo compres.

Y otra vez más, Carlos se sintió fascinado por la belleza de su esposa, y, besándola apasionadamente, le dijo:

—Yo te prometo que tendrás el collar que deseas.

Salieron juntos al salón, donde esperaban los invitados, y Rodolfo se había dado buena maña para hacer que su asiento cayese junto al de Angela.

Durante toda la cena procuró distraerla con su conversación, y cuando llegó la hora del baile, fué su única pareja. Carlos, que sabía la preferencia que aquel hombre había tenido siempre por su esposa, sintió unos celos irreprimibles, y cuando una vez la fué a sacar a bailar, le dijo:

—Perdone usted, pero este baile quiero yo bailar con mi esposa.

—Nosotros estamos todo el día juntos y tenemos tiempo de sobra—le respondió ella.

—Déjame bailar ahora con Rodolfo.

—¡He dicho que no!—exclamó enérgicamente Carlos—. Tú no bailas con nadie que no sea yo.

Terminada la fiesta, Angela, molesta por la actitud de su marido, sin pensar que había sido ella precisamente la que había dado lugar a su enfado, le dijo:

—Me parece que en lo sucesivo te pondrás a moderar tus celos ridículos y no harás lo que esta noche.

—Eso será si tú no sigues el flirt vergonzoso que esta noche habías empezado con ese mequetrefe de Rodolfo.

—Ese mequetrefe, como tú le llamas —respondió Angela—, es todo un caballero que sabe siempre cómo ha de portarse. Fíjate en lo correcto que ha estado esta noche, a pesar de tu actitud descortés.

Aquél era el primer chispazo que brotaba entre los dos esposos, chispazo que no tardaría en convertirse en verdadero incendio, como pasó a los pocos días.

Carlos se hallaba repasando su remanente en el Banco, y vió con tristeza, a la vez que con espanto, que la vida que llevaba lo conduciría irremisiblemente a la ruina.

Quiso poner fin a aquella situación, y llamó a su esposa para decirle:

—Angela, la vida que llevamos es imposible. Es preciso que hoy mismo salgamos de

este hotel, antes que me falte el dinero preciso para pagar nuestra estancia en él.

—¿Y crees acaso que voy a privarme de todo? Me parece que no podrás quejarte de mí. Ya he reducido mi guardarropa hasta el punto de que no tengo qué ponerme. Precisamente he empezado haciendo economías y hoy me traerán un abrigo que es una verdadera ganga. ¡Total, cinco mil dólares!

—¡Cinco mil dólares en un abrigo!—exclamó espantado Carlos—. ¡Tú estás loca! ¡Eso es lo que puedes gastarte en un año para todas tus cosas! Tienes vestidos de sobra y abrigos que jamás te pones. Con eso pasarás, y si esperas que yo te dé un céntimo, estás equivocada.

Llevado por la ira, abrió el armario donde Angela guardaba su ropa y arrojó los vestidos contra el suelo, diciéndole:

—Mira, aquí es donde se nos ha ido todo nuestro dinero; pero puesto que tú no puedes vivir sin todas estas cosas, quédate con ellas. Yo me marchó.

Pero era inútil. El amor de Angela era mayor que su voluntad, y para que su esposa pudiera vivir aquella vida de frivolidad, Carlos, a escondidas de su esposa, se dedicó a su nuevo oficio. Compró un taxi y con las ganancias que le producía, podía ir sosteniendo el boato de Angela, que ni siquiera sospechaba el sacrificio que hacía su esposo.



Aquí es donde se nos ha ido el dinero

Las continuas tardanzas de éste, la falta muchas noches del hotel, suscitaron los celos de Angela, que una mañana esperó a que entrara, para decirle:

—¿Me puedes decir dónde hasta estado toda la noche?

Carlos no supo qué responder. Para justificar su conducta, hubiera tenido que decir la verdad, y prefirió que su esposa dudara de su fidelidad antes que confesar lo que hacía por ella.

Angela, creída de que otro amor le robaba

el cariño de Carlos, tuvo un momento de soberbia, y le dijo:

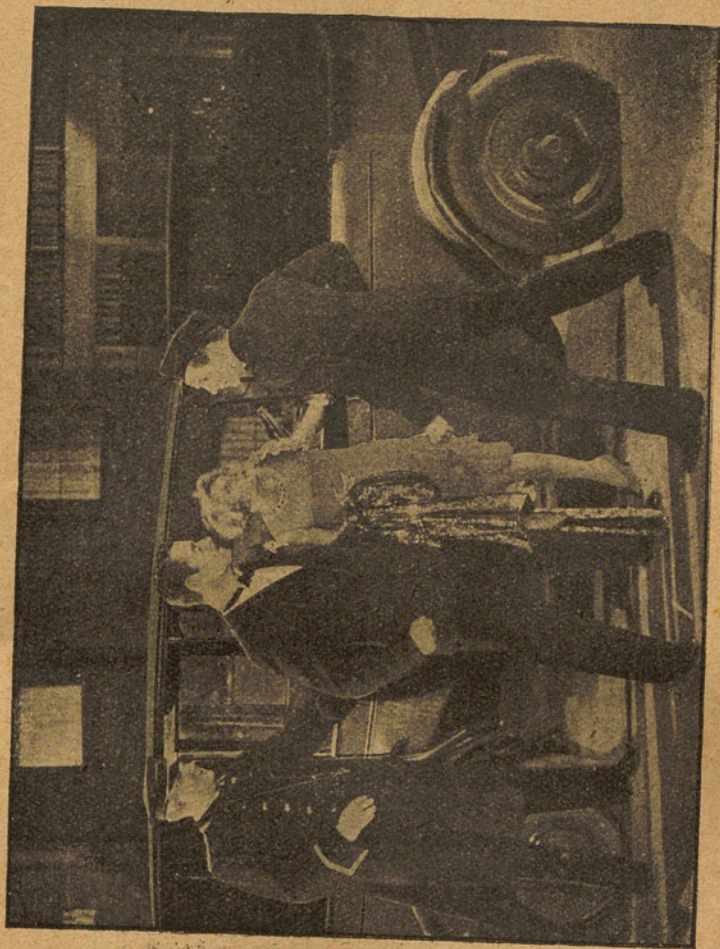
—Puesto que tú tiras por un lado, yo haré lo mismo. Desde este momento, ninguno de los dos tendremos que darnos cuenta de nuestros actos. Pediré el divorcio y te ruego que no te opongas a él.

Carlos la vió alejarse con el corazón traspasado de pena; pero no hizo la menor intención de detenerla. Aquella mujer no podría pertenecerle jamás. Era de un mundo distinto al suyo y volvía a él, una vez despierta del sueño que la había tenido aletargada varios meses. Creyó que nunca le había amado y lloró a solas al pena que le embargaba.

La reaparición de Angela en el club, fué un verdadero acontecimiento. Nuevamente fué la alegre muchacha que divertía a todos con sus ocurrencias y sus bailes; pero con la única diferencia de que esta vez, dentro de aquella alegría que fingía ocultaba un doloroso recuerdo: el del marido que había abandonado y a quien amaba con todo su corazón.

Rodolfo volvió a ser para ella el eterno galán que pretendía sus amores, y una noche le dijo:

—Ya que te has decidido a divorciarte de tu esposo y a casarte conmigo, te diré lo que le ví hacer mientras vivíais juntos.



Al ver que era Angela se negó a servirles

Ella interrogó con la mirada y Rodolfo siguió diciéndole:

—Para poder sostener la vida que llevaba, se dedicaba de noche a ser un chofer de alquiler. En una ocasión fui a tomarlo yo, pero al ver que era Carlos, dejé el coche y esperé otro.

Aquellas palabras fueron para Angela una revelación del cariño que Carlos la profesaba. Comprendió que si él se había decidido a ejercer su antigua profesión, era únicamente para satisfacer todos sus deseos y el amor, que no había dejado de sentir por él, se manifestó más fuerte en ella y pretendió huir de aquel sitio. Rodolfo no la dejó salir sola, y le dijo:

—Ya que pretendes marcharte, déjame al menos que te acompañe hasta tu casa.

Salieron a la puerta y llamaron al primer taxi que pasaba. La casualidad, que tantas veces se entretiene con la vida de los seres, hizo que fuera precisamente el coche de Carlos el que se acercara. Pero al ver éste que era Angela, se negó a servirles el coche y emprendió de nuevo la marcha, sin hacer caso de Angela, que corría detrás de él gritando:

—¡Carlos... ¡Carlos!... Espera, yo te contaré toda la vida.

Fué preciso que llegara el coche a un cruce, donde tuvo que detenerse, y entonces se acercó a él Angela, diciéndole:

—Carlos, yo te juro que estoy arrepentida de todo. Sé lo que has hecho por mí y quiero volver otra vez a nuestra casa, adonde tú me llevas.

—Imposible—exclamó Carlos—. Tú te debes a esa vida que llevabas, a tus amigos, y yo nunca podría hacerte feliz.

—Llévame contigo y seré la mujer más feliz del mundo—exclamó de nuevo Angela.

La señal para marchar había dado y ya se disponía Carlos a cruzar sin dejar subir al coche a su mujer, cuando ésta corrió hacia el coche y le dijo:

—Guardia, en ese coche está mi marido y no quiere llevarme a casa para irse de parranda. Oblíguele a que me lleve y no me deje en mitad de la calle.

El guardia no dudó de las palabras de la joven, y, acercándose adonde estaba Carlos, le dijo:

—¿Es decir que pretende usted dejar en medio de la calle a su esposa? ¡Valiente fresco debe ser usted! Conténtese con que no haga más que obligarle a que la lleve.

La hizo subir al pescante, y cuando emprendieron la marcha le dijo él:

—¿Por qué has hecho esto?... ¿Por qué me has obligado a que te tenga a mi lado?

—Porque no puede vivir sin ti. Te amo con toda mi alma y sé que tú también me quieres. ¿Verdad que sí?

Carlos ya no supo resistir más. La estrechó entre sus brazos y exclamó:

—Sí, te amo. Y creo que ahora es cuando podremos ser felices.

FIN

.....

¿Quiere usted aprender

Los bailes de moda?

Precio de
c a d a
método:

25 Cts.

Pida hoy mismo los métodos de:

**TANGO ARGENTINO
EL CHARLESTON
BLACK-BOTTOM**

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado.

Biblioteca Films. Apartado, 707 - Barcelona

Las más Grandes Figuras de la Pantalla

solamente las encontrará en



BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

Mary Pickford
Pola Negri
Gloria Swanson
Bebé Daniels
Raquel Meller
Alice Terry
Jacobini
Colleen Moore
Laura La Plante
Dolores del Rio
Vilma Banki
Dolores Costello

D. Fairbanks
Ramón Novarro
Charlot
Adolfo Menjou
Lon Chaney
Gary Cooper
Ant.º Moreno
Chiquilín
George O'Brien
Emil Jannings
Ronald Colman
John Barrimore

Lo más selecto del repertorio de estos artistas
figura en el CATÁLOGO GENERAL que
se remite gratis, solicitándolo a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona